

Cerca del grado cero: consideraciones sobre la problemática en la antropología mexicana actual*

Esteban Krotz

El lector principiante se engaña creyendo que los hechos son mucho menos complicados de lo que realmente son, y puede fácilmente concluir que nada hay en el objeto de estudio de la antropología social que no pueda ser fácilmente comprendido por un niño de diez años.

Edmund Leach, *Cultura y comunicación*

La temática de esta mesa se diferencia, entre otras cosas, de la de las demás de este simposio por el hecho de que ni los ponentes ni los comentaristas pueden apoyarse en una literatura mexicana significativa sobre el punto a tratar. En vista del objetivo principal del simposio, el de “efectuar una evaluación del desarrollo teórico de la antropología en México en relación con las tendencias y necesidades de la investigación” (según la convocatoria del 10. de octubre de 1986), no me pareció pertinente recurrir a literatura extranjera sobre el tema. La función de esta ponencia es, por consiguiente, la de invitar a la reflexión crítica sobre la antropología que *nosotros* conocemos y que *nosotros* hacemos, para empezar con más insistencia e intensidad el examen de cómo la hacemos, es decir, el problema del método y de la metodología. Y digo “empezar”, porque me parece que estamos cerca del grado cero en cuanto a esta cuestión.

Mi contribución a esta discusión tiene tres partes. Primero expondré unos asuntos de orden terminológico y de perspectiva que, por discutibles

* Texto de la ponencia presentada en la mesa “Epistemología y antropología” del simposio sobre *Teoría e investigación en la antropología social mexicana*. Este evento fue organizado conjuntamente por la División de Estudios Superiores de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social y el Departamento de Antropología de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa y tuvo lugar del 11 al 14 de mayo de 1987 en El Colegio de México.

que sean, me son necesarios para presentar después una breve panorámica de la situación y de sus causas más significativas. El ejemplo del “trabajo de campo” me servirá para explicitar los puntos centrales de mi argumento. Terminaré con un breve listado, a modo de resumen, de puntos críticos de la situación para la discusión futura de la temática.¹

1. A modo de premisas: epistemología, teoría de la ciencia, metodología

Desde un punto de vista evolutivo global, la *ciencia* es una forma específica de conocimiento humano, que surge a partir de una serie de antecedentes muy diversos, que se consolida definitivamente en una *época determinada* (el siglo XIX) y una *civilización particular* (la europea-occidental o capitalista-industrial); desde allí y desde entonces se ha difundido hacia las demás partes del globo, se ha convertido en una fuerza productiva de suma importancia y ha llegado a ser considerada expresión de conocimiento “verdadero” por antonomasia. Sin embargo, desde un punto de vista sistemático, ciencia es simplemente *una* forma de conocimiento histórica entre otras formas de conocimiento humano; el arte, el sueño, la mística y la práctica técnica cotidiana producen igualmente conocimientos que en muchos casos

¹ A falta de tratamientos amplios en la literatura antropológica mexicana y después de un fracasado intento de obtener ayuda de parte de un grupo de colegas mediante un cuestionario sobre la temática, lo que expongo se basa fundamentalmente en impresiones obtenidas en investigaciones en las que he participado como investigador o asesor y a partir de la lectura de trabajos antropológicos en general. Me parece pertinente señalar que mi experiencia de investigación se ha referido principalmente al ámbito rural de México y casi siempre ha estado vinculada a programas de docencia; posiblemente estas particularidades tiñan de modo especial mis apreciaciones.

son valorados tan “verdaderos” como los que se denominan “científicos”.²

En atención a esta situación me parece conveniente reservar el término *epistemología* a la teoría general de las características del conocimiento humano, que se ocupa de las múltiples formas pasadas y presentes de éste, de sus fuentes, modos de validación, limitaciones, etcétera, y emplear el término *teoría de la ciencia* (o *metaciencia*) para la descripción y el análisis de las características específicas de esta forma particular del conocimiento humano llamado “ciencia”. Ambos campos pueden ser abordados en serio solamente por esfuerzos multidisciplinarios y no constituyen, como parecía a fines del siglo pasado y a comienzos del actual, el territorio exclusivo de filósofos especializados en lógica, que se constituyeron posteriormente en “filósofos de la ciencia” --una versión reduccionista precisamente criticada a partir de los aportes de otras subdisciplinas tales como la historia de las ciencias, la microsociología de las comunidades científicas, etc.

Con base en estas discusiones quiero destacar tres aspectos esenciales para cualquier análisis de la antropología como ciencia:³

a) “Ciencia” no es algo así como un conjunto de ideas más o menos seguras, una serie de enunciados tomados como seguros. “Ciencia” es un determinado *proceso de producción cultural*, cuyas unidades fenoménicas más pequeñas se llaman “investigación”. Ciencia e investigaciones científicas

² Desde esta perspectiva carece de sentido hablar de la existencia de una “ciencia medieval” o de una “ciencia china” --formulaciones que solamente quieren señalar que estos tipos de producción de conocimientos muestran alguna semejanza significativa con la ciencia en el sentido indicado.

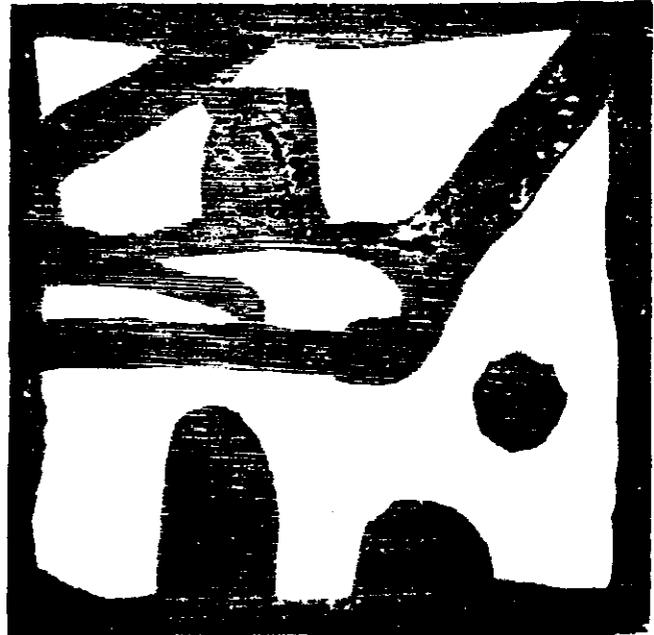
³ He elaborado este esquema de manera más amplia en mi ensayo “Historia e historiografía de las ciencias antropológicas: una problemática teórica” (Krotz 1987).

son, por consiguiente, conjugaciones de factores constitutivos muy diversos, tales como resultados disponibles de investigaciones anteriores y simultáneas, recursos económicos al alcance de los científicos, criterios vigentes para la producción de enunciados considerados coherentes, expectativas diversas acerca de la posible utilización de los resultados estimados de una investigación o una disciplina, códigos de procedimientos experimentales aceptados como válidos, estructuras de personalidad de los investigadores, dinámicas de las instituciones a que pertenecen, coyunturas sociohistóricas e intereses políticos más comprensivas, etcétera. Esta perspectiva no permite suponer una separación real entre “ciencia” y sus “contextos externos” —*todos* estos momentos son factores *constitutivos*; por decirlo de otro modo, como en cualquier proceso de producción, también en éste las “condiciones de producción” forman parte integral del proceso y, por ende, también del producto.⁴

b) Este proceso de producción cultural llamado “ciencia” es llevado a cabo por un *sujeto colectivo*: los científicos. Sus unidades más pequeñas son las llamadas “comunidades científicas”, es decir, grupos de científicos que operan sobre una base paradigmática común (o, en casos de situaciones preparadigmáticas, semejantes a las que atraviesa actualmente la antropología, facciones de científicos que operan sobre proposiciones preparadigmáticas).⁵ Estas colectividades —grupos o faccio-

⁴ No pretendo negar que sea posible clasificar determinados acercamientos al fenómeno ciencia en términos de “externalistas” e “internalistas” (para un resumen véase Llobera 1980:26 ss), pero considero que un planteamiento que clasifica los componentes del proceso de producción científico en estos términos es aporético.

⁵ Véanse para esta terminología los trabajos de Kuhn (1971: 1982) así como mi intento de relacionarlos con la situación actual de la antropología (Krotz 1983a).



nes— son los productores de las investigaciones,⁶ por lo que carece de sentido reducir el estudio de cualquier aspecto de una disciplina científica o de la ciencia en su conjunto a la consideración de una relación aislada entre un científico y “sus” datos o ideas. Supongo que muchos antropólogos estarían tentados de acercarse a estas colectividades como “subculturas”, de una manera semejante como algunos sociólogos se han acercado a ellas con el instrumental conceptual y teórico de su disciplina particular.

c) La consolidación y reproducción cada vez

⁶ “Investigación” es entendida aquí en el sentido amplio, detallado más adelante, que la entiende justamente como parte de este proceso global (véase especialmente el paso número cinco de esta caracterización).

más amplia de la ciencia como conjunto y de sus divisiones disciplinarias con su desarrollo de lenguajes especializados, la creación de recintos reservados a la transmisión de sus tradiciones a los nuevos miembros de las comunidades científicas, el establecimiento de circuitos de comunicación cada vez más herméticos para no-especialistas, etcétera, se basan en un reconocimiento social general de esta forma de conocimientos que, aparte de la *convicción de su utilidad* actual o futura, se encuentra fundada en la creencia⁷ de que sus conocimientos han sido y son producidos de acuerdo a *ciertos procedimientos* clara y detalladamente normados (y de igual manera se supone que el elemento central de la socialización de los futuros miembros de las comunidades científicas consiste en su familiarización teórica y práctica con estas normas que explicitan y rigen estos procedimientos).

En relación con todo esto es pertinente recalcar la **necesidad de distinguir dos niveles complementarios**, uno referido a la ciencia en su conjunto y otro referido a clases de disciplinas, disciplinas o subdisciplinas científicas. Así por ejemplo, la teoría general de la ciencia (también podría decirse, la *metodología* en su nivel general) puede señalar para una investigación científica (al menos, para una ciencia del tipo de la antropología) una serie de cinco pasos claramente distintos, aunque parcialmente sobrepuestos en el tiempo real: 1o. planteamiento del problema; 2o. registro de fenómenos empíricos; 3o. tratamiento (análisis) de los materia-

⁷ Parece que uno de los resultados principales de este largo y encarnizado debate consiste en haber reforzado el énfasis en el estudio de las diferentes disciplinas científicas a partir de la observación de las actividades reales de sus practicantes en vez de tomar como base sus declaraciones programáticas. Algunas reflexiones interesantes al respecto se encuentran en un artículo de Pereda (s.f.).

les obtenidos; 4o. formulación de los resultados; 5o. circulación y evaluación de éstos últimos. Sin embargo, cualquier puntualización que vuelva operacional este procedimiento en un caso concreto, dependerá de la especificidad de una disciplina dada: cada una cuenta con su método o, mejor dicho, un *conjunto de métodos* interrelacionados, cuya importancia relativa puede variar.⁸

Definir los términos de este modo tiene dos implicaciones importantes. La primera es que el método (o conjunto de métodos) de una disciplina científica no es inmutable a través de los tiempos, ya que depende de la concepción global que la disciplina tiene de los fenómenos de los que se ocupa;⁹ en situaciones de rivalidad entre diferentes concepciones de este tipo es de esperarse que también exista rivalidad en el nivel de los métodos. La historia de la antropología demuestra, además, que estas variaciones no solamente tienen que ver con cuestiones de orden secundario, sino que afectan los criterios de validez del conocimiento científico como tal.¹⁰ La segunda es que la metodología de cual-

⁸ Parece pertinente señalar aquí que una disciplina o subdisciplina (a lo que corresponderían en términos de Kuhn paradigmas en situaciones de ciencia normal y proposiciones preparadigmáticas en situaciones de ciencia extraordinaria) se define siempre *tanto* por un determinado campo fenoménico más o menos claramente delimitado *como* por un tipo de pregunta o problema básico acerca de éste. He tratado de ejemplificar esto brevemente con respecto a la antropología política (Krotz 1986b).

⁹ En este sentido no solamente la teoría "dice" algo sobre la realidad, sino también el método seguido: sin algún tipo de *pre-conocimiento* acertado no puede haber método exitoso.

¹⁰ Un ejemplo verdaderamente espectacular para este caso me parece la impugnación de la antropología decimonónica por parte de varias de las corrientes dominantes en la antropología de principios del siglo nuestro. Para los primeros antropólogos científicos había sido imprescindible enmarcar sus estudios dentro de algunas de las concepciones evolucionistas de la época —justamente para poder ser aceptados como científicos. Para antropólogos posteriores— como, por ejemplo, Lowie y Radcliffe-Brown— precisamente su vinculación

quier disciplina no puede, ni en su aspecto descriptivo ni en su aspecto prescriptivo, ser reducida a la consideración de la lógica de enunciados de una investigación (y, menos aún, de algunas partes de ella), sino que tiene que ocuparse de *todos* sus pasos y de *todos* sus momentos constitutivos que, a su vez, sólo son comprensibles como parte de este proceso global de producción de conocimientos llamado ciencia.

2. Marasmos y marañas: sobre la cuestión del método en la antropología mexicana

2.1 Fenómenos

Como la situación de confusión generalizada con respecto a método y metodología en la antropología mexicana es bastante conocida, quiero limitar mi descripción de ella a unos cuantos ejemplos significativos.

Al revisar, por ejemplo, al azar *proyectos de investigación*, se ve que no existe consenso alguno sobre si métodos y técnicas de investigación son dos puntos diferentes y, en caso de distinguirse, en qué se distinguen. Una manera astuta de escapar de este dilema consiste en la creación de encabezados tales como “consideraciones teórico-metodológicas”. Aparte de que frecuentemente se utilizan de manera indistinta las palabras “método” y “metodología”, a menudo la referencia a ellas parece encontrarse solamente porque el formato de una ins-

a estos modelos constituyó la clave no para descalificar parte de sus resultados, sino para descalificarlos *como científicos*. Otro aspecto central de los métodos de esta primera etapa de la antropología científica, la introspección, ha sido criticado en los mismos términos (véase Gluckman 1965:2).

titución determinada exige tal renglón; en otros casos parece tener, ante todo, el significado de una autoadscripción a una posición teórica o epistémica.

Algo semejante puede decirse con respecto a *estudios antropológicos publicados*. Pocas veces sus autores brindan al público lector reflexiones de orden metodológico, por ejemplo, exponiendo sus puntos de partida y su justificación, sus expectativas y presupuestos originales y sus modificaciones a partir de la interacción con sus “objetos de estudio”, evaluando aciertos y errores, planteando propuestas de orden metodológico para investigaciones posteriores sobre temas o situaciones similares. Esta ausencia es particularmente llamativa en las tesis de licenciatura, ya que una de sus funciones principales consiste precisamente en demostrar la capacidad de un manejo profesional de los métodos de la disciplina en cuestión para generar conocimiento que pueda ser llamado científico.

Finalmente, el proceso de *socialización profesional* a nivel de grado y de postgrado confirma el mismo panorama. Aquí la situación acusa un grado de disparidad no igualado por ningún otro renglón de los planes de estudio: desde la existencia de toda una batería de cursos obligatorios, en cuyos títulos aparece la palabra “método”, “métodos” o “metodología” hasta la ausencia completa de ellos, y desde la existencia de cursos especiales vinculados a prácticas de investigación destinados a tratar también cuestiones de orden metodológico, hasta la existencia de planes de estudio que definen la exigencia del aprendizaje de la investigación meramente en términos de un cierto número de días “en el campo”, se encuentran casi todas las situaciones imaginables. Con respecto a las bibliografías de estas materias existe una disparidad similar.

Quiero agregar dos observaciones a este pano-

rama bien conocido, a veces lamentado y pocas veces pausadamente analizado. La primera se refiere al contacto intensivo de ya casi dos décadas de duración entre la antropología tradicional y diversas corrientes de origen marxista. Al parecer, esta confrontación se ha movido principalmente en el nivel de la discusión de conceptos, a veces de modelos, pero en el nivel metodológico. Esta situación no deja de extrañar en vista de que frecuentemente se señala que estas dos grandes corrientes constituyen dos maneras diferentes de *hacer antropología*, es decir, de producir conocimientos antropológicos. La segunda se refiere a la impresión de que comentarios de orden metodológico suelen tocar, en la mayoría de los casos, sólo determinadas fases de la investigación antropológica (acusando, además, un asombroso parecido con posiciones neopositivistas, al ocuparse principalmente de la lógica de enunciados).¹¹

2.2 Causas

Obviamente, la situación descrita no es privativa de la antropología mexicana; situaciones parecidas se encuentran en otras disciplinas sociales en México así como en la antropología de otros países.¹² Des-

¹¹ En relación a ambas observaciones puede agregarse que, hasta donde puede verse, la discusión metodológica, pasada y presente, que se encuentra en la literatura de tradiciones extranjeras de antropología, no parecen pertenecer al patrimonio bibliográfico de los antropólogos mexicanos (lo que es más llamativo aún en vista de que uno de los impulsos recientes para esta discusión se refiere expresamente a materiales etnográficos mexicanos —los libros de C. Castaneda acerca de las enseñanzas del yaqui Don Juan).

¹² Así, por ejemplo, es llamativo que la conocida *Enciclopedia internacional de las ciencias sociales* (Sills 1968: vol. 7) no contiene ningún artículo especial bajo el título "método". Para un

de el punto de vista de nuestra antropología parece pertinente destacar las siguientes causas, todas interrelacionadas entre sí:

a) La causa principal radica seguramente en la ausencia de un consenso sobre qué es la antropología y lo que debería ser como disciplina científica, aunque, según la opinión de algunos, existe actualmente una tendencia de recuperación, después de tres lustros de noche economicista, que había vuelto igualmente pardos a todos los gatos disciplinaarios, de una especificidad de la antropología dentro del conjunto de las ciencias sociales. Esta ausencia de consenso se manifiesta no solamente en la literatura publicada, sino también en las actividades profesionales de muchos que realizan investigación social amparados por una licenciatura en antropología o etnología.¹³

b) Hasta donde tengo conocimiento, en las instituciones académicas dedicadas fundamentalmente a la investigación antropológica (por cierto, frecuentemente mezclada con la de otras disciplinas), la problemática metodológica no suele ser tematizada colectivamente, sino es considerada problema de cada quien. La ausencia de políticas de investigación claras y explícitas hace más borrosa la situación. Esta se agrava en instituciones académicas dedicadas a la docencia más aún por el hecho de que en varias de ellas todavía un porcentaje significativo de docentes no son investigadores, en algunos casos ni siquiera cuentan con una formación

ejemplo reciente de una revisión general de la situación de la antropología que también mezcla todos los niveles, véase el artículo de Rossi y O'Higgins (1981).

¹³ En este contexto también es llamativo de que en casos donde parece haber un cierto consenso sobre perspectivas teóricas, éstas no parecen plasmarse en discusiones metodológicas y/o la utilización de determinados métodos de la praxis de la investigación.

de antropólogos.¹⁴ Por todo ello es difícil reconocer un posible perfil disciplinario a partir de las actividades de estas instituciones, lo que afecta inmediatamente el nivel metodológico.

c) Si hace algunos años en este mismo lugar, con motivo de un encuentro similar, se ha constatado para una temática antropológica específica que "los antropólogos no hemos podido impulsar nuestros propios ámbitos de discusión" (Nieto 1984:163), esto es válido también para la problemática metodológica. Es cierto que en encuentros y simposia surgen ideas interesantes, pero no se ha encontrado la manera de convertirlos en impulsos para un trabajo sistemático y acumulativo. Esta apreciación se corrobora fácilmente al revisar el ya no tan reducido número de revistas mexicanas que casi exclusiva o predominantemente publican trabajos antropológicos.

d) En relación con estos tres puntos es conveniente tocar de nuevo la formación de los nuevos antropólogos. Una característica de ella parece ser su fragmentación no controlada. Esta empieza con la frecuente enseñanza de la tradición antropológica como historia de ideas (y no de modos de producir conocimientos antropológicos)¹⁵ y se prolonga con la discusión descontextuada de autores contemporáneos, la concentración en el debate conceptual sin dar mucha atención a los modelos teóricos. Por otra parte, muchas veces los estudiantes no tienen oportunidad durante su licenciatura de observar, como participantes o no, una investi-



gación antropológica completa y conocer su relación con los campos más amplios de la discusión antropológica en México.¹⁶ Si a esto se agrega que la formación previa de los estudiantes tiende a hacerlos buscar en los maestros comunicadores de

¹⁵ He tratado algunos de estos problemas en una ponencia sobre la enseñanza de la teoría antropológica (Krotz 1986a).

¹⁴ En este contexto conviene recordar la opinión de Levi-Strauss en el sentido de que "nadie debería poder aspirar a la enseñanza de la antropología sin haber realizado por lo menos una investigación de campo importante" (1970:335).

¹⁶ Para unas breves consideraciones sobre la problemática del trabajo de campo como parte de la socialización profesional de los antropólogos véase Krotz (1983b).

verdades, papel que algunos aceptan de buena gana, entonces se puede reconocer aquí una importante raíz del problema.

2.3 Consecuencias

Aparte de los fenómenos arriba señalados, la consecuencia más importante de esta situación me parece ser la generación de la impresión —en teoría y praxis, entre propios y extraños— de que la investigación antropológica es fundamentalmente un proceso basado en los alcances del sentido común y la habilidad expresiva de sus practicantes; o, por decirlo de otro modo, que los conocimientos antropológicos se producen como el efecto de un conocido analgésico: todos saben que sí funciona, pero nadie sabe exactamente cómo.¹⁷ Obviamente, esta situación no sólo no ofrece perspectivas prometedoras para una solución de la crisis paradigmática de nuestra disciplina, sino que tampoco constituye una base idónea para ser aceptados —nosotros y nuestros productos— como científicos por parte de representantes de otras disciplinas y de otros sectores sociales.

2.4 El “trabajo de campo”: botón de muestra para problema y perspectivas

Es sabido que para muchos antropólogos y también para muchos no-antropólogos el “trabajo de campo” es una característica típica y especial de la antropología (sin por ello tener que ser la única, ni ser

¹⁷ A los resultados de esta situación hace referencia también el epígrafe del presente trabajo.

exclusiva de ella). Sin embargo, no parece tan fácil aclarar qué es —para quienes manifiestan esta opinión— el trabajo de campo.

Nuevamente, la confusión empieza con el uso múltiple del término. A veces, “trabajo de campo” es utilizado como sinónimo de la investigación antropológica en su conjunto —apreciación impugnada por quienes consideran que la investigación antropológica también puede incluir el estudio de documentos o que el análisis del material recogido en el campo también forma parte de la investigación antropológica. En otras ocasiones se designa con “trabajo de campo” únicamente algún tipo de convivencia más o menos prolongada con el grupo social bajo estudio —lo que suele ser impugnado por quienes no quisieran ver reducido el trabajo de campo a una técnica especial de recopilación de datos teñida frecuentemente con matices empiristas. Por su parte, la práctica de muchos antropólogos constituye otra fuente de confusión, por ejemplo, cuando identifican en los comentarios previos de sus escritos el trabajo de campo ampliamente con la observación directa o incluso participante, pero basan sus elaboraciones finales casi exclusivamente en los enunciados verbales de quienes llaman sus “informantes” y se echan de menos precisamente elementos tales que, digamos B. Malinowski presentó como resultado de su trabajo de campo.¹⁸

Desde luego, tampoco esta cuestión específica podrá resolverse sin cierto tipo de decisión previa o simultánea sobre carácter y tarea de la ciencia antropológica y, en vista de la situación preparadigmática reinante, sobre la inserción explícita de la

¹⁸ Me refiero, por ejemplo, al capítulo IV de su obra más conocida (1975), donde a propósito de canoas y navegación se presenta una visión totalizadora cuyas fuentes van más allá de la mera interrogación de “informantes”.

posición tomada en la tradición disciplinaria global.

Retomando de las consideraciones iniciales la idea de la vinculación estrecha entre perspectiva teórica y método, es decir, el hecho de que también el mismo procedimiento en la producción de conocimientos dice algo sobre la realidad por conocer entonces me parece que el trabajo de campo bien puede ser considerado como método —es más, como *el* método central de la antropología.¹⁹ Su esencia consiste en la exposición personal y directa de los investigadores a la alteridad sociocultural —justamente porque la pregunta por la diferencia entre las culturas y los grupos sociales es la pregunta por la diferencia entre las culturas y los grupos sociales es la pregunta original de la tradición antropológica. Aunque el lugar privilegiado para este contacto es el “campo” presente, en este sentido “trabajo de campo” deriva más bien de una perspectiva global acerca de los fenómenos sociales, claramente diferente de la de otras disciplinas sociales y caracteriza una forma igualmente diferente de abordarlos.

Aunque no tengo espacio aquí para detallar este razonamiento y aunque supongo que no todos estarán de acuerdo con él, quiero utilizarlo de manera heurística para explicitar algunos de los elementos antes introducidos. Combinando los cinco pasos señalados de una investigación que puede considerarse científica, con la perspectiva que acabo de indicar, me parece que puede quedar más clara la tarea de la metodología como actividad descriptiva y generadora de reglas para el procedimiento en la investigación antropológica. Su análisis y sus prescripciones tienen que abarcar necesariamente

¹⁹ Recientemente, este aspecto ha sido destacado también por E. Luque (1985:178).

los cinco pasos y todos los factores constitutivos y saber que la investigación concreta siempre es parte de un proceso de producción más amplio. Así, en cuanto a la formulación del problema no solamente se ocupará del examen del escrito que suele llamarse “proyecto de investigación” y señalará criterios para su elaboración en términos de lógica, en términos de exigir la ubicación precisa de la problemática por estudiar en el contexto de la discusión científica, en términos de pedir una relación coherente entre conceptos, hipótesis y operacionalización planeada, sino hará también hincapié en la dilucidación de los elementos de adscripción de clase, de sexo, de biografía, de instituciones, etc., de los investigadores que siempre tienen de una manera u otra la construcción de los problemas de investigación. De manera semejante, en cuanto al segundo paso, no sólo hablará de la oposición entre individualismo y colectivismo metódico, sobre los criterios para optar o no por las historias de vida, sobre la utilización adecuada de censos y la elaboración de los modelos de estratificación posibles, sino hará ver cómo predisposiciones de todo tipo pueden conducir una investigación a que reproduzca finalmente nada más que conceptualizaciones reinantes sobre sociedad y cultura, casi independientemente de la realidad supuestamente estudiada.

Basten por ahora estos dos ejemplos; la larga, aunque no demasiado elaborada discusión en la antropología acerca de los efectos distorsionadores de la *percepción provocados por el etnocentrismo*, enriquecida significativamente por las teorías marxistas sobre la ideología, recalcan aquí solamente un tipo de factores constitutivos del proceso de producción de conocimientos científicos en antropología del que la metodología tiene que ocuparse para conocerlo y controlarlo.

3. A modo de resumen: puntos críticos para la discusión

En esta ponencia he tratado de demostrar —a partir de una situación bastante conocida y ampliamente experimentada como insatisfactoria por parte de antropólogos y estudiantes de antropología —lo que quiero resumir ahora así:

1) Gran parte de las discusiones sobre método y metodología en antropología está condenada de antemano al fracaso, porque generalmente los interlocutores no utilizan los términos en el mismo sentido. Nuestra literatura no nos ayuda mucho: también en ella se mezclan opciones epistemológicas generales con cuestiones metacientíficas y diferentes perspectivas sobre lo que es y lo que debería de ser la disciplina y la investigación antropológica. Precondición de cualquier discusión provechosa de la problemática será entonces, en cada caso, la fatigosa y tortuosa explicitación de los términos utilizados que no puede suponer consensos tácitos.

2) Esta tarea definatoria misma demuestra, sin embargo, que el problema del método dista de ser un problema terminológico. Lo que se entienda como método en antropología y lo que se determine como tarea de la metodología dependerá también de opciones epistemológicas más generales y de la adopción de una determinada perspectiva sobre carácter y particularidad de la antropología como disciplina científica, de la que cualquier investigación y la reflexión sobre las normas que la rigen, son solamente una parte. En una situación paradigática como la actual, cualquier posición —y, desde luego también lo que yo esbozé en los apartados anteriores— tendrá fundamentalmente valor heurístico, y aún así no será compartida por más que por unos cuantos colegas. Esto, empero, no de-

bería incomodar sino más bien estimular la búsqueda y el trabajo en común.

3) Desde la tradición antropológica con su fuerte tendencia al estudio heurístico no puede parecer inadecuada la propuesta de concebir al proceso de producción de conocimientos antropológicos como un proceso sumamente complejo y asignar, por consiguiente, a la metodología antropológica la tarea de examinar todos sus momentos constitutivos en vez de ocuparse sólo de algunos de sus aspectos de construir normas a partir de este examen.

4) Justamente esta tradición antropológica misma —con su acervo de estudios minuciosos sobre símbolos e instituciones, sobre poder y tecnología, sobre lenguas y cosmovisión y muchos temas pertinentes más— proporciona elementos útiles para que antropólogos se estudien a sí mismos en estos términos, como en una especie de observación participante en el pleno sentido de la palabra. Así, la discusión sobre método y metodología partiría, en una primera instancia, de la praxis antropológica misma, tratando de dilucidar sus componentes y sus mecanismos, de evaluar ventajas y errores.

5) A pesar de lo pesado que se prevé este tipo de discusiones —que además han mostrado en otros ámbitos una cierta tendencia a hipostarse y a convertirse en un fin en sí mismas— me parece urgente un esfuerzo en este sentido. No enfrentarlo contribuirá a reforzar dos vertientes en la antropología mexicana actual que deberían existir sólo como partes, no como elementos principales o incluso terminales: la discusión conceptual, desligada frecuentemente de la elaboración de categorías y modelos e incluso con poca vinculación efectiva con la investigación, por una parte, y la reducción de la investigación a la recolección de datos y la limi-

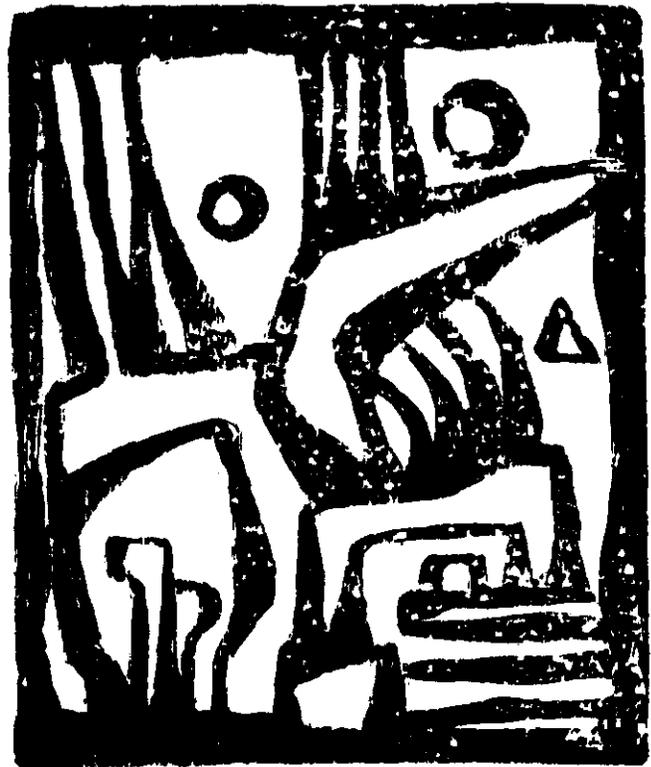
tación de su tratamiento a algún tipo de clasificación y presentación narrativa (a modo de historiografías aparentemente autoevidentes), por otra.

6) En vista de la realidad sociocultural siempre cambiante y de las variaciones en la comunidad antropológica mexicana, esta discusión tendrá que ser, necesariamente, una discusión constante, es decir, habrá que idear mecanismos para mantenerla viva a pesar de su tortuosidad. En este contexto me voy a permitir sugerir, además de los elementos ya mencionados, tres más a los que habrá que prestar una atención especial:

- la necesidad de incluir en el proceso de discusión y de reflexión metodológicas al crecimiento de antropólogos que no trabajan en instituciones académicas, pero que participan –aunque inscritos en otras dinámicas institucionales, de intereses, etc.– en la producción de conocimientos antropológicos científicos;
- las posibles consecuencias de la actual “tentación numerística”, fomentada por la utilización cada vez más frecuente de computadoras en la antropología, asunto sobre cuyas implicaciones metodológicas sus usuarios no parecen estar reflexionando muy intensivamente;
- la comparación de la situación mexicana con la de otras comunidades antropológicas en América Latina, dado que a pesar de todas las diferencias compartimos con ellas el marco general del imperialismo (y particularmente el imperialismo cultural) y la situación de que nosotros y nuestros “otros” normalmente somos integrantes de una misma nación, elementos, entre otros, que son

claramente elementos constitutivos de importancia para el proceso de producción de conocimientos antropológicos.

Estas son, pues, algunas ideas para la discusión en este simposio sobre la situación de nuestra disciplina y las tareas para el futuro próximo. La discusión sobre método y metodología tiene en éstas últimas un lugar central, ya que hará más transparente, más controlable, más justificable y más evaluable el carácter y el alcance de los conocimientos generados por nosotros.



Referencias bibliográficas

- Gluckman, Max, 1965, *Politics, Law and Ritual in Tribal Society*, Chicago, Aldine.
- Krotz, Esteban, 1983a, "La antropología entre ciencia normal y revolución científica", en *Revista de la Universidad de Yucatán*, núm. 148:62-96.
- , 1983b, "El objeto difuso: consideraciones sobre el trabajo de campo como parte de la docencia". En: *Boletín del Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales, A.C., 3a. época, año 1-2:34-39*.
- , 1986a, *La enseñanza de la teoría antropológica en la licenciatura: ¿lastre inevitable o instrumento analítico?* (Ponencia presentada en el Segundo Congreso Argentino de Antropología Social Buenos Aires).
- , 1986b, "Poder, símbolos y movilizaciones: sobre algunos problemas y perspectivas de la 'antropología política'", en *Nueva Antropología*, vol. VIII, no. 31:7-21.
- , 1987, "Historia e historiografía de las ciencias antropológicas: una problemática teórica", en C. García Mora, coord., *La antropología en México*, vol. 1:113-138. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Kuhn, Thomas S., 1971, *La estructura de las revoluciones científicas*, México, Fondo de Cultura Económica.
- , 1982, *La tensión esencial*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Levi-Strauss, Claude, 1970, "Lugar de la antropología entre las ciencias sociales y problemas planteados por su enseñanza", en *Antropología estructural*, pp. 310-344, La Habana, Ciencias Sociales.
- Luque, Enrique, 1985, *Del conocimiento antropológico*, Madrid, Siglo XXI de España.
- Llobera, Josep R., 1980, "La historia de la antropología como un problema epistemológico", en *Hacia una historia de las ciencias sociales*, pp. 15-68, Barcelona, Anagrama.
- Malinowski, Bronislaw, 1975, *Los argonautas del pacífico occidental*, Barcelona, Península (2a. ed.).
- Nieto, Raúl, 1984, "Algunas consideraciones sobre antropología y clase obrera en México", en M. Nolasco, comp., *La antropología y sus sujetos de estudio*, pp. 157-175, México, Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Pereda, Carlos, s.f., "Utopías lógico-metodológicas" en A.M. Rivadeo, comp., *Introducción a la epistemología*, pp. 180-186, México, Universidad Nacional Autónoma de México (ENEP-Acatlán).
- Rossi, Ino y Edward O'Higgins, 1981, "Métodos antropológicos", en *Teorías de la cultura y métodos antropológicos*, pp. 157-204, Barcelona, Anagrama.
- Sills, David L., ed., 1968, *Enciclopedia internacional de las ciencias sociales*, Madrid, Aguilar. 